

El 20 de octubre se incorpora a la Academia con una magnífica conferencia el Dr. Egidio S. Mazzei, quien es presentado por el Dr. Loudet con las siguientes palabras:

## Palabras del Dr. Loudet

Señor Presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Señores Académicos:

Cumplo con la grata tarea de dar la bienvenida al Profesor Egidio Mazzei. La incorporación de este distinguido hombre de ciencia a la Academia de Ciencias Morales y Políticas es un acto de justicia y el reconocimiento de sus valores de médico humanista. La clínica médica y la investigación científica han dado mayor agudeza a su visión del mundo y han aumentado su respeto por la angustia del hombre frente a los problemas de la existencia. Tal vez el médico ha sido superado por el investigador, o viceversa, pero el médico y el investigador han sido superados por el hombre. De este hombre voy a ocuparme hoy muy brevemente, de este hombre nutrido de ciencia, que dialoga con el dolor y con la muerte y por eso comprende mejor las grandezas y miserias del espíritu y del corazón humanos. No olvidemos que su ciencia médica le dio títulos para incorporarse a la Academia de Medicina, y su espíritu de investigador a la Academia de Ciencias de Buenos Aires. No voy a hacer un relato de todos los méritos que le abrieron las puertas de tan altas instituciones. Lo han hecho con mayor autoridad que yo otros eminentes universitarios. Sólo quiero afirmar aquí que reúne, sobre todo, las dos condiciones que exigía Rivadavia para ser académico y que las enunció al fundar la de Medicina: la instrucción en cualquiera de sus ramas y la moralidad en la conducta. ¡Admirable enunciado, integral requisito, regla de plena sabiduría! La segunda condición es la primera diría Rivadavia, y es la que sobresale en nuestro recipiendario en todos los actos de su vida.

El doctor Mazzei es discípulo dilecto del doctor Castex y con eso está dicho todo. La estatura moral del discípulo es igual a la estatura moral del maestro, aunque el capital científico de ambos puede ser diferente. Los dos piensan que la ciencia es un medio para elevar el hombre, para salvar el hombre, para liberarlo sin ensoberbecerlo. Han comprendido y sentido la gran verdad que proclamaba Pasteur: la poca ciencia aleja de Dios; la mucha ciencia aproxima a él.

Haciendo el elogio de su discípulo, señala el Maestro, el trasfondo de cultura general adquirido por éste en la concurrencia asidua a los centros superiores donde se cultivan las materias pertenecientes al ámbito de la ciencia del espíritu y la convivencia del hombre volcados al ejercicio del pensamiento, para informarse de los problemas que atañen a la inteligencia humana.

El profesor Sergent, en su pequeño y precioso libro donde hace el elogio de la clínica, sostiene que “estudiar humanidades es aprender a aprender y comprender” y que “el espíritu filosófico, que es espíritu de sabiduría debe inspirar las concepciones y las investigaciones de los médicos, de donde resulta que el humanismo es el corrector de las deformaciones científicas”.

El doctor Mazzei además de estudiante de medicina fue un francotirador en la Facultad de Filosofía, donde hizo el más certero de sus blancos, donde además de la filosofía encontró la poesía, encarnada en su futura esposa, la madre ejemplar de hijos ejemplares, colaboradora insustituible en todos sus afanes. A ella le rindo mi homenaje.

El Dr. Mazzei es un maestro. Quiero distinguir la diferencia entre maestro y catedrático. El primero es un innovador, un creador, que jamás permanece inmóvil. El catedrático es un ordenador, un clarificador de conocimientos. Se mueve dentro de un programa que cumple en un tiempo determinado. El maestro se sale del programa, porque no cabe en él. Abre nuevos caminos, vislumbra nuevos horizontes. Huye de la noria pedagógica. Excita a su discípulo para la peripecia de la investigación. El catedrático cumple simplemente con su deber; el maestro crea nuevos deberes porque tiene que explorar nuevos territorios. Con esto no queremos disminuir el valor docente de los catedráticos, que es fecundo y edificante. Por otra parte pueden coexistir las dos figuras sin que una excluya a la otra.

Es interesante recordar la observación que hace Marañón sobre la herencia que reciben los hijos y los discípulos. “La existencia —dice— que debemos a nuestros padres puede ser el fruto de unos minutos de fugitiva pasión. La que nos da el maestro es el término consciente de una entrega sin plazo y sin réditos, cuya generosidad no se puede medir. El padre pone siempre en su infinito amor al hijo un mínimo de la exigencia de que al menos una parte de su ternura le sea devuelta en la misma moneda de amor... Más el buen maestro nada pide a cambio de todo lo que da. Cuanto ha aprendido en largas noches de esfuerzo, todo lo da en un instante, a quien se lo pida, sin preguntar quién es, sin conocer, sin pedir nada a cambio de su don.” Digamos ahora que los verdaderos hijos del espíritu —aquí tenemos un ejemplo— reconocen su benefactor, el autor

de sus días del alma y poseen el sentimiento puro de la gratitud. Si yo tuviera que hacer un estudio de lo que deben ser un maestro y un discípulo ideales, elegiré estos dos hombres como modelo insustituible.

Nuestro recipiendario ha aprendido de su maestro a darse todo entero a la enseñanza y a la investigación, sin pausa y sin medida, sin un adarme de egoísmo, sin un minuto de reposo. No creáis que la lucha ha sido fácil; la lucha ha sido ardua pero no estéril. No diré que tiene la sonrisa triste de un triunfador que ha sufrido mucho; pero sí diré que tiene la sonrisa clara del vencedor que ha combatido con nobleza.

Nuestro hombre ha huido siempre del espíritu de sistema. Ser prisionero de un sistema es asfixiarse progresivamente. Hay que recibir la luz de todos los horizontes. Para Burckhardt el humanismo significa el descubrimiento del hombre en cuanto hombre y consiguientemente, la reafirmación de todo lo humano, tanto en el sentido del individuo como en el sentido de la humanidad. Los historiadores de la filosofía hacen notar que existe un rasgo común a todos los humanismos, se trate del humanismo cristiano, del existencialismo, del neohumanismo liberal, del humanismo de Maritain. "El rasgo común es el intento de sustituir la noción renacentista y moderna del individuo, por la más completa de la persona, ya dada en el humanismo cristiano, y en general en toda concepción "abierta" del hombre, haciendo del humanismo no un culto a una entidad abstracta —la humanidad— ni una exaltación del individuo considerado como átomo social, sino más bien un imperativo de respeto a la persona humana, al hombre como ser concreto".

El humanismo médico no es otra cosa que la medicina de la persona. El humanismo médico coloca en el centro del problema clínico al enfermo y lo demás es periférico. Nunca podrá perder la visión del hombre total, cuerpo y alma. Nunca tratará al paciente como si fuera un animal de laboratorio. Admitirá que las experiencias en estos mártires desconocidos, han contribuido a dilucidar ciertos problemas pero nunca podrá decir que fueron salvados por un conejo, un perro o una rana. Sólo el hombre puede salvar al hombre.

Mazzei le decía a los egresados de la Facultad de Medicina en cierta ocasión: "Gran fuerza espiritual da a la medicina el sentimiento de su grandeza y la vincula a la piedad, la ternura, la compasión y el sacrificio a todos aquellos que tienen la aptitud de ver antes al hombre que sufre que a la enfermedad que padece, más aún en esta época en que todo quisiera reducirse a la técnica, y no comprender en el que sufre el *drama del hombre*, en su total significación".

Dr. Mazzei: En nombre de la Academia de Ciencias Morales y Políticas os recibo en su seno, con la admiración de un

colega y la alegría de un amigo. Inspiraos siempre en vuestro maestro de hoy y en los dos ilustres antecesores, que hemos tenido en esta Academia: Gregorio Aráoz Alfaro y Marcelino Herrera Vegas, médicos humanistas.

---

---